## "El mes de mayo"

Mary Helen Ponce

ara los católicos practicantes de nuestro barrio en el sur de Los Angeles, el mes de mayo era 'el mes de María', dedicado a la Madre Santísima. Durante estos días se hacían fiestas y homenajes a esta Virgen. Comenzando el primero de mayo, las niñas de nuestra parroquia del Angel de la Guardia tomaban parte en el ofrecimiento de flores a la Virgen María.

Los hombres de la parroquia bajaban la estatua de la Inmaculada del altar mayor. Se ponía sobre una mesa frente al cerco donde se comulgaba. Se arreglaban vasos de flores; jarras de barro, de distintos colores, con agua y flores frescas a cada lado. El espacio de enfrente se dejaba para las flores que llevábamos a la Santísima, una muestra de nuestro amor y devoción.

El ofrecimiento se hacía durante el rosario. Antes que tocara la última de tres campanas se esperaba que nosotras, las niñas, estuviéramos sentadas en los asientos reservados en la parte de atrás de la iglesia. También se esperaba que cada niña llevara flores para la tina comunal. Casi todo el tiempo había una variedad de flores en la tina colocada bajo el coro, donde se nos repartían zinnias, cosmos y rananculas. Durante las noches placenteras de mayo la fragancia de las margaritas o Shasta Daisies (como les decíamos en inglés) se mezclaban con el aroma de rosas y claveles.

Usábamos vestidos blancos. Mi vestido era de cambray con encaje sobre el cuello y mangas, con cinta de elástico. A las niñas que recientemente habían tomado su primera comunión les tocaba usar nuevos vestidos y velos. Las que no, tenían un velo usado en otra ocasión, y si no había modo de comprarlo, tomaban un pedazo de nylon net, luego le pegaban un pedazo de tejido hecho por una tía o abuela. Cuando se almidonaba y planchaba —y añadido con la tira de velo—, formaba una corona. Quedaba muy bonito. Hacía contraste con el pelo negro-azul de las niñas mexicanas.

Había muchachas como mi amiguita Concha que usaban handme-downs, ropa usada anteriormente por hermanas mayores. El vestido de Concha, de dotted Swiss, tenía un olán y botones de perlas. Sus hermanas mayores también lo habían usado. Su corona de azahares, como perlas translúcidas, brillaban de bonitas. La corona era un préstamo de Celina, su hermana

mayor quien la había usado cuando salió de novia. A mí me tocó usar un vestido que nadie en mi familia había usado. Yo era la única gordita en una familia de cinco mujeres. Todas mayores; todas delgadas.

Pocas teníamos zapatos blancos. Eramos de familias grandes. Nuestros padres solamente alcanzaban a comprar un par de zapatos a cada niño. Usábamos Oxfords, zapatos escolares con calcetines bien blancos. Las más afortunadas —a quienes les habían comprado zapatos de charol blanco para Faster—, usaban éstos. Ellas, más que las demás, se sentían orgullosas por traer trajes completos, como había de ser iban todas de blanco. Puras, como la Virgen María.

Mi mamá, mis hermanas o Doña Luisa (la abuela adoptiva), aseguraban que mi vestido y velo estaban limpios, almidonados. A veces mi mamá juntaba flores del jardín para que yo llevara. Su favorita (y la



mía) era la rosa de Castilla, una flor grande, semejante a la American Beauty Rose. Esta crecía junto al cerco de nuestra casa. Mi mamá primero juntaba un bouquet de las flores más comunes, zinnias y margaritas, luego echaba la rosa en medio y la rodeaba con crespón verde. Se acomodaba la rosa en medio por tener espinas grandes. Por fin mi mamá tomaba un pedazo de wax paper de la cocina y enredaba las flores para proteger mis manos. La fragancia de rosas me acompañaba hasta la iglesia en donde entregaba todas, menos la rosa, a la tina comunal.

A veces yo jugaba en la calle hasta muy tarde. Llegaba a la iglesia con el velo chueco, las rodillas sucias, el cabello desparramado. Tomaba el asiento ansiosa, nerviosa por sentirme tan sucia. Temía no ser seleccionada para estar al frente de la procesión.

Lo de ir frente a la procesión era para nosotras, las niñas, muy importante. Las escogidas tenían que ir todas de blanco. No se seleccionaban muchachas vestidas en colores pasteles, ni medio-blanco. ¡No, no! Tenían que ir vestidas de pies a cabeza en blanco. Más que nada, era importante verse piadosas, humildes. Dóciles.

Casi siempre se escogían muchachas mayores para ir al frente de la procesión. Después les tocaba participar en la coronación de la Virgen María a finales de mayo. El ofrecimiento y la procesión, eran oportunidad para ser inspeccionadas, seleccionadas, o rechazadas.

Algunas muchachas tenían familiares a cargo de la procesión. Usaban esta ocasión para poner a su favorite en el mero frente. Desgraciadamente mis hermanas mayores ya habían pasado esta experiencia. Durante las noches placenteras de mayo, tenían cosas mejores que hacer. No quedaba más que ayudarme yo misma. Cuando en casa, me paraba frente al espejo para practicar, inclinaba la cabeza, mis ojos bajos. Deseaba verme humilde, pasiva, modesta. Dentro de la iglesia asumía esta misma posición. Mientras mis amiguitas reían y se empujaban unas a otras, yo seguía pasiva, el epítome de santidad. Fui seleccionada más de una vez.

La primera oferta se formaba durante el tercer misterio. Nos alineaban por estatura. Cada y cuando dejaban a best friends andar juntas, pero esto no era aconsejable. Al pasar frente a los muchachos nos reíamos. Lo de reirse en la fila nos aseguraba un buen pellizco.

Una de las mejores pellizconas era la Lucy, hermana mayor de mi amiguita la Nancy. Se decía que la Lucy era una pachuca —y llevaba un cuchillo dentro del pompadour y otro metido en el calcetín.

Una vez cuando estábamos en fila dejé caer una flor al suelo. Al levantarla miré algo brillar dentro del calcetín de Lucy. Prontito tiré todo el bouquet. Al levantar mis flores le di un jalón al calcetín. De pronto ella se movió, ¡y me pisó la mano! Hice por no gritar. Aunque no me apachurró sentí la sangre bajar

a mis pies. Al fin me paré, sobándome la mano hinchada. Hice por esquivar su mirada, una mirada fea, fija. Pero no me fue posible. Sus ojos pegados con Maybelline casi saltaban; su boca frotaba la Tangee lipstick, parecía querer morderme. Me tiró una flor diciendo: tenga, ésta también se le cayó. Luego siguió con lo de la fila.

En otra ocasión estábamos ya en fila, listas para marchar hacia el altar de María cuando la Lucy se fijó que dos niñas se estaban peleando y estaban a punto de jalarse el velo. Sin fijarse en quienes eran, Lucy dio un buen pellizco a la forma blanca.

- -Babosa, 'pa qué me pellizcas- gritó Nancy.
- -Cállate hocicona o te rompo el hocico.
- -Jesús, María y José -gorgoteó Doña Marisa.
- -Dominus Vobiscum -cantó el sacerdote.

La congregación quedó inmóvil. Bajo el altar mayor el párroco se detuvo e inclinó un oído, luego continuó con el rezo. Desde el coro las señoras se asomaron para ver el barullo. En eso los jóvenes comenzaron a reirse y voltear para atrás hasta que Don Serafín tosió. En esto comenzó el órgano a tocar:

Venid y vamos todos

Con flores a porfía

Con flores a María, que madre nuestra es Con flores a María, que madre nuestra es

Era la señal para que formáramos la fila, nos ajustábamos el velo y para que arregláramos las flores antes de presentarnos frente a la Santísima. Al oír el himno nuestra atención cambió del escándalo de la Nancy a lo de formar la fila.

La procesión empezaba por la nave central de la iglesia. Andábamos en pares, despacio; un ritmo perfecto, luego nos hincamos frente al altar mayor. Dábamos vuelta a la derecha al altar provisional donde nos esperaba María. Nos hincamos de nuevo, luego entregamos el ramo de flores y regresamos a nuestro asiento. La vuelta era casi igual, un paso exacto. Uno, dos, pausa. Andábamos con gran calma, pacíficas, las palmas de la mano juntas, los ojos bajos. A nadie le daba por ver para arriba, ni voltear hacia los muchachos. Esto indicaría que éramos sin gracia.

Una vez me tocó ir al frente de la procesión. Había llegado a mi asiento cuando miré que venía Nancy. No llevaba la cabeza inclinada sino alta, con orgullo. Las palmas de sus manos iban juntas —pero al pasar frente a la Chita, su enemiga mortal, le apunto el dedo diciendo: —Tenga. Pronto bajó el dedo; siguió como antes. Para mí, esto fue envidia al ver el valor de esta amiguita. Se decía que la Nàncy no era de las miedosas. Como otras. Como vo.

El rosario seguía hasta el último misterio y formábamos la fila para el segundo ofrecimiento. Pero esta vez cantábamos:

De nuevo aquí nos tienes Purísima doncella Más que la luna bella Postrados a tus pies

Al concluir el rosario se rezaba la letanía de los santos. Esto me agradaba. En latín, los nombres de los santos eran semejantes al español. Santa Chechelia era Santa Cecilia. Dábamos el responsorio: Ora Pronobis.

Para los 1940s habíamos aprendido el idioma de los pachucos: sirol, órale, Nelson dijo Wilson. Nos gustaba imitar a los *vatos*. Mientras el padrecito oraba, nos preparábamos. En voz baja, con miedo de que nos oyeran dábamos el responsorio: Orale Pronobis.

Seguía la bendición. Inclinamos la cabeza por ultima vez, luego nos arreglamos los velos ya chuecos y los vestidos arrugados. Para entonces la tina estaba casi vacía; las flores pachichis. De nuevo formamos la fila. Con gran impaciencia esperamos que las señoras repartieran las flores que sobraban. A veces las pobres tenían que correr hacia el altar para recoger flores ofrecidas anteriormente. No nos parecía terminar la última ofrenda con las manos vacías. Esta vez cantamos la despedida:

Adiós Reina del cielo Madre del salvador Adiós o madre mía Adiós, adiós, adiós

Los himnos se habían cantado en México por nuestros antepasados; las palabras y melodía por generaciones. Eran agradables, dulces. Más de esto, me sentía feliz al saber que para nuestros padres, los himnos

eran especiales, parte de nuestra cultura. Y para los oídos de una niña vestida de blanco, llena de ferviente fe, escucharlos era casi como estar en el cielo.

Al terminarse la bendición corría un aire excitante por la iglesia. ¡Pronto íbamos a acabar! Luego podíamos ir a casa. Aunque nos gustaba el ofrecimiento, al final nos sentíamos cansadas y aburridas de tanto hincarse, ansiosas por estar afuera mientras había luz. Deseábamos tener tiempo para jugar con los muchachos.

Al fin acabábamos. Nos hincábamos por última vez. Dentro de la iglesia la organista cerró el órgano. El sacerdote desaparecería dentro de la sacristía. Los monaguillos apagaron las velas. Entonces nos desparramábamos. Arrancábamos para afuera, felices de ser libres, un sweater o abrigo en mano. Algunas niñas corrían por la calle, velos volando, a comprar un penny de dulces en la tienda de Don Jesús. Otras avudaban a limpiar lo de la tina. Las más grandes se hacían mensas para no avudar. Se juntaban enfrente de la iglesia a esperar que los monaguillos se cambiaran el sobrepelliz, luego salían juntos. Los hombres del Santo Nombre sacaron la tina de agua para vaciarla entre las hierbas. Dentro de la iglesia las mujeres barrieron las flores tiradas por las niñas. Al rato todo estaba va limpio, en orden, hasta el día siguiente, cuando volvíamos, otra vez vestidas de blanco, para el ofrecimiento de las flores.

## FEM-LIBRIS

## Las metamorfosis, o las señoritas que aprendieron el box

Rebeca Siegel

Por qué ubicar Amora, una no-( vela de tema lésbico escrita por una autora no proveniente de los sectores denominados populares, dentro de un análisis sobre cultura popular? Distintos aspectos justificarían esta propuesta y explicitarían la importancia de ésta. Primeramente, desde el sentido gramsciano de lo popular como lo anti o contrahegemónico, donde los sectores marginales al sistema dominante se trenzarían y alearían entre sí para denunciar el sistema en cuestión y sus mecanismos de opresión. Es claro que ésta es una visión maniquea del problema, como lo han demostrado teóricos como Jesús Martín Barbero y Néstor García Canchini. Existe un diálogo, una negociación entre los grupos subalternos con el sistema que los rige, y un intercambio entre las clases que constituyen el todo social. Foucault nos recuerda, que dado que la sexualidad ha sido siempre acallada, no discutida abiertamente, el hecho de abordarla crasamente constituye una subversión. ¿Qué mayor subversión que el abordar el tema socialmente más satanizado, el peor escupitajo hacia el macho, el tabú del lesbianismo?

Pero lo que de hecho valida esta propuesta es, sin duda alguna, el proyecto mismo de la escritora. Dice ella: "Durante muchos años anhelé ser la Corín Tellado feminis-

ta, pero de un tiempo acá me volví más ambiciosa y ahora quiero ser la Juan Gabriel de la literatura". Qué implica esto, y hasta dónde subvierte esta propuesta los cánones mismos de la manufactura literaria y cultural que hasta ahora prevalecen en nuestros países, y hasta qué grado surca el sistema falócrata donde el hombre es el "hacedor de signospalabras" (según las concepciones de Levi-Strauss donde por supuesto. uno de los signos de intercambio primordiales es la mujer) y lo desmistifica. Y es claro. Roffiel no sólo escribe, sino que tiene una preocupación básica de que se le lea, de que se le entienda. Puesto como bien sabemos, tan sólo somos unos cuantos los que alcanzamos a pene-